

lismo y esteticismo, como la propuesta por otros hermanos, los Goncourt, en disidencia con el naturalismo dogmático de Emile Zola.

Si se leen sus libros similares en paralelo (*En una familia* de Heinrich y *Buddenbrooks* de Thomas, por ejemplo) se advierte que, remontándose desde el misticismo sexual wagneriano hacia atrás, se llega a dos variantes de la renuncia goetheana: la renuncia del monje y la del libertino, el antes y el después de la vivencia, la narración del mundo al que no se llega y del mundo del que se retorna. Finalmente, se accede al símbolo, o sea al arte.

¿Envidiaba Thomas la capacidad gozadora de su hermano y éste, la habilidad literaria de aquél, tan superior a la suya? Ya desde chicos, con quince y once años, las peloterías eran graves: compartiendo la alcoba, pasan un año sin hablarse.

Los hermanos tenían, en la intimidad, escasa admiración mutua, a pesar de que en público parecía lo contrario. Thomas hallaba obscenas las novelas de Heinrich, lecturas de mero entretenimiento, obras de escritor pero no de poeta, superficiales y apresuradas. Heinrich, por su parte, pensaba que Thomas era un escritor «extraordinariamente malo», pero tanto que sólo podía juzgarlo un crítico extraordinario como el propio Heinrich. Un escritor lacrimoso, afectado, falso y frívolo. Alguna vez se lo insinuó, diciendo que Thomas era alemán y él, por sensibilidad meridional, era extranjero. Como su madre.

Vikko

Víctor, el menor de todos, es el «pequeño héroe» de su madre. Queda fuera del clan y no recibe los reflejos del par padre/madre. Thomas lo consideró el único sexualmente normal, porque era capaz de engañar a su mujer (sic).

En su testamento, el señor Mann menciona a los cuatro mayores: censura las inclinaciones literarias de Heinrich y la vivacidad de Julia. De Thomas y Carla dice que son tranquilos y prácticos: harán carrera en sus profesiones. De Víctor no dice nada. Esto excluye al Benjamín de la herencia pero también de toda la morbosa complejidad del clan. Hay un elegido, que es Thomas, y un tachado, Víctor.

Por eso las memorias de Vikko se llaman *Éramos cinco*. Es como decir: ojo, que no eran sólo dos, los famosillos, ni siquiera cuatro, sino que estaba yo también.

Vikko no recuerda a su padre ni la casa de Lübeck. Es hijo de su madre y de Munich. Con todo, la distinción clánica funciona: los chicos muniqueses le parecen groseros, sucios y maleducados, aparte de que no entiende el dialecto bávaro.

Mientras sus hermanos escriben (incluidas las hermanas: Julia, versos; Carla, relatos) él recorta escritos y los pega en un cuaderno: catálogos, octavillas. Residuos de escritura. Un momento memorable de su infancia es cuando le cortan los bucles. Le quitan un atributo femenino y se reconoce como varón.

Los hermanos mayores, a los que denomina «tíos» componen para él un *Libro ilustrado para niños bien educados*, lleno de fantasmas y monstruos. Son una pareja de padres que asustan al pequeño, quizá porque ellos también están asustados y, como Víctor, han sufrido el pavor nocturno de Hanno Buddenbrook.

Katia

Klaus Mann evoca la casa de sus abuelos Pringsheim en Munich como un palacio poblado de antigüedades renacentistas. Entre tapices y platerías, las preciosas y frágiles cerámicas parecían a punto de quebrarse. En este mundo primoroso y quebradizo se cría Katia, chica estudiosa y con vocación de científica, que se casa con Thomas Mann, el escritor más notorio en la Alemania de principios de siglo, para convertirse en dueña de casa, madre prolífica y suerte de Maruja ilustrada, que va por todas partes a la sombra de su glorioso marido. Tal vez la seduce la heredada (y decadente) solidez del clan lubequés, menos brillante pero menos leve. Katia se casa con ese personaje que llamará en sus memorias *Mein Mann*: mi Mann, mi varón, mi marido.

Mientras Klaus Pringsheim, su hermano gemelo, es partidario de tal matrimonio, los Pringsheim mayores tienen sus reparos. Thomas les parece un «capitán de caballería enfermo del hígado» y su acento nórdico les suena pintoresco y afectado, por su nitidez y dureza. Lo mismo ocurre en Berlín. Thomas es, finalmente, un hombre de provincia. La aristocracia bávara todavía habla dialecto con la servidumbre (como recuerda Annette Kolb), alemán canónico en actos protocolarios y, a veces, el querido francés de toda la vida, en los salones.

Katia no abunda en detalles personales de su vida con Thomas. Insiste en lo desagradable de tener hijas mujeres pero no recuerda nada de sus amigos de juventud ni roza apenas el tema homosexual: Tadzio observado en la playa del Lido, durante un verano de los años diez. Su conclusión es sibilina: «No he podido hacer en mi vida lo que habría querido hacer». Bien, pero ¿identificó su deseo como para cumplirlo? ¿No fue siempre el instrumento del deseo de Thomas, que era la encarnación del fantasma paterno del clan?

Los hijos la evocan de modo ambivalente. Klaus la ve misteriosa y cercana, en tanto el padre es nítido pero distante. Golo piensa que los años felices del matrimonio fueron los primeros diez: paz, bienestar, celebridad. También recuerda que, poco antes de morir, Katia confesó a una amiga que se había casado sólo para tener hijos. El marido era la «inteligencia lógica y jurídica» de la mujer, que permaneció como una niña y que, en medio siglo de coyunda, jamás pensó en tener otra relación. Katia amó a Thomas, lo sirvió y lo admiró, aunque él le contestaba con medias palabras y nunca pareció interesarse demasiado en lo que ella decía.

Ocupada en la crianza de los niños y la gestión de la casa, Katia es como una servidora de lujo del marido, pero también su castellana. Él no puede salir de esa casa donde siempre está ella, irremplazable en todo sentido. La relación de dependencia es mutua: compulsiva, estructurada por la distancia de los roles, pero imprescindible, no menos para el famoso escritor que para su fiel compañera.

Erika

Sana y robusta como un varón, sin pavores nocturnos, Erika recibe el doble peso de la primogenitura y la femineidad rechazada por los padres. A veces, firma sus telegramas con la palabra *Mann* (varón). No se trata sólo de su lesbianismo, sino de la posible herencia: es la mayor, pero también «el» mayor, acaso la depositaria de fantasías de «irregularidad» que los padres tienen y no se atreven a realizar. En cualquier caso, el padre no quiere que ella tenga otro hombre que ese *Mann* (cf. el sueño anotado en el diario del 19-12-1947). Erika, por su parte, tras una juventud viajera, de actriz, periodista y cabaretera literaria, pasados los cuarenta, vuelve con los padres, que se han quedado solos por la muerte de Klaus y el casamiento o mudanza de los otros. Thomas, suerte de Wotan que ansía una hija pero al precio de que sea lo menos femenina posible (de nuevo, el insistente andrógino), la rodea con el fuego mágico, el que arde en la estufa clánica. La quiere como «secretaria, biógrafa, asistente e hija-ayudante» (diario, febrero de 1948). A su muerte, Erika redacta una memoria del último año de Thomas y encara la publicación de sus cartas y una biografía que nunca escribirá. También se ocupa de la filmación de sus novelas, sobre todo del control de los guiones. Golo es menos piadoso en el retrato: en los años cuarenta, Erika se convirtió en «asistente y editora, entrenadora y bufona» del padre.

La visión que Erika tiene de Thomas y de Klaus es completamente curricular. No hay en su imaginario nada que parezca venir de la intimidad

con el padre y el hermano. Por excepción, alguna escena picante se deja caer en sus cartas, como cuando cuenta su casamiento con Gustav Gründgens (julio de 1926) a su amante Pamela Wedekind («Pamela mía, por favor, ven enseguida. Lo deseo terriblemente, pues te amo sin medida»); mientras Thomas, con innegable ironía, evoca el «cuerpo astral» de Pamela, que no ha ido a la fiesta, Klaus Pringsheim, tío de la novia, intenta ligarse al flamante marido.

En carta a la madre (18-5-1936) le cuenta sus vaivenes matrimoniales con Wystan Auden, con quien se casó para obtener la ciudadanía inglesa. Auden no la deja a solas con Gissky (Teresa Giehse, su amante) y la lleva a todas partes como marido formal. Ella no quiere tener hijos (insinuación de que las relaciones son blancas) pero ha de ser presentada a los suegros en Birmingham. Auden reclama su presencia, mas sólo se reúnen algún día aislado, en medio de dos viajes. Erika lo define como «caprichoso y testarudo». Finalmente, Auden se da por vencido: «Pero créeme, mi amor, que no puedo decirte cuánto te estimo y admiro. Y sabes que puedes contar conmigo cuando y donde quieras» (marzo de 1939).

Klaus

El primer hijo varón de los Mann Pringsheim se llama Klaus Heinrich Thomas. Lleva una lápida de memorias clánicas: los dos nombres del abuelo paterno, divididos entre el padre y el tío (ambos escritores) y el del hermano gemelo de la madre, su amor filadelfo y homosexual. La madre y el tío —Katia y Klaus— reúnen, en sus iniciales, las más altas dignidades de la corona: *kaiserlich-königlich*, imperial y regia, aparte de la contrafaz propia de todo tabú, el residuo fecal: K.K. (caca).

En las letras K.H. (Klaus Heinrich) está otra dignidad, la de Su Alteza Real (*Königliche Hoheit*), título de una novela donde el padre se pone en escena, justamente, como príncipe Klaus Heinrich. Pero Klaus, aparte de la mitad masculina de la madre (el tío Klaus Pringsheim) es un nombre de resonancias eróticas particulares: Klaus Heuser (de nuevo K.H.) será el adolescente con el cual Thomas mantendrá la quizás única experiencia homosexual de su vida. Así lo cuenta Thomas en carta a Erika (19-10-1927) donde indica la resonancia mágica del nombre encontrado, el del hijo y el del amante. «Las secretas y mudas aventuras de la vida son las más grandes».

Atrapado en esta red de deseos explicitados en nombres clánicos, Klaus Mann se ve abocado a realizar, compulsiva y ansiosamente, el deseo clánico como destino. La inhibición homosexual del padre se convierte, en él, en una búsqueda insaciable que va de cuerpo en cuerpo. El uso de tranqui-